

TÍTULO: Ballenas de pecera

PSEUDÓNIMO: Lisístrata

Si fuera como las otras, ya estaría criando malvas desde hace mucho tiempo, pero soy como soy y, a veces, ser significa no estar en ningún sitio y estar a su vez en todas partes. Bueno, yo me entiendo con mi filosofía de baratillo, y con eso me basta. Algunos, mostrando ignorancia y mala baba, me conocen por el sobrenombre de la Ballena del Tajo. Qué sabrán ellos de ríos y de cetáceos. No me conocen. Vienen a mí como moscas de la fruta, envenenados por una curiosidad malsana, pero salen trasquilados cuando improviso alguno de mis monólogos más mordaces. Creerán que, por ser mujer rotunda y mantecosa, 142 kilos en canal según pesaje con báscula industrial, soy también tonta y clueca como una gallina de bestiarío. Poco saben de mí, y lo que no saben lo inventan. Desconocen que por las noches luzco vestidos ajustados, embellezco mi rostro con polvos de arroz y bailo la polca con un príncipe austrohúngaro a orillas de un palacio en el Danubio. Cuando despierto, bien es verdad, mi noble amante me ha dejado con los sayones igual que corderitos triscando entre sábanas revueltas, y madre me atiza con el escobón para ir por agua a la fuente del caño. Pero soy dama de recursos y, cuando levanto entre mis brazos la tinaja, camino de la fuente, levito como hada pizpireta y sueño con el último beso de la noche. Las mozas del pueblo me señalan y me regalan risas carriadas para angostarme el camino, y hasta los braceros de las fincas se colocan piedras en el pecho para imitarme, y me gritan Pechugona. Mis lágrimas no saben a nada. Son líquida materia que termina por desembocar en el caudal del río, y esa certeza es la mejor aliada para no morir de tristeza. Cuando regreso a casa, la paz se instala en los zaguanes, y yo me baño entre espumas como una náyade impaciente por volver a su reino de corales.

Tuve un único amor verdadero, y eso es decir mucho. Hace dos años apareció por la aldea un maestro con bigote y entorchado de poeta, que aderezó mis soledades con cierta galantería clásica. Era bisojo y versificador a tiempo parcial, y hasta declarado republicano. En su frente pude leer las palabras más hermosas pero, antes de entregarme su alma y un soneto de amor en alejandrinos, salió corriendo como alma que lleva el diablo. Según dijeron las malas lenguas, una enfermedad venérea contraída en la casa de una viuda tronada, pero estoy convencida de que su desaparición tuvo más que ver con el carácter

diabólico de don José, nuestro alcalde y regidor de costumbres. Nunca me he sentido tan amada. Su deseo por mí, y ahora lo sé con certeza, nada tenía que ver con mi imagen de ballena terrenal vestida para una romería. Éramos almas gemelas, y el destino jugó magistralmente su partida con nosotros. Desde el día en que se fue comenzaron a agolparse caballeros andantes en el almiar del corral, y mi única medicina fue la lectura de novelas románticas. Las gordas, requetegordas, cuando nos sumergimos en reinos de prodigio, olvidamos nuestra naturaleza y nos vestimos con hopalandas y brocados para sentirnos queridas. El mundo, entonces, nos acoge como viajeras provisionales con pasaje de primera, y no hay nada que pueda entristecernos hasta el punto de hacernos perder la sonrisa.

Hoy ha venido lord Salsbury con un ramo de rosas blancas y, tonta de mí, me he ruborizado y he comenzado a balbucear como una beata en una reunión de cortesanas. Sé que bebe los vientos por mí, desde el día en que nos conocimos, una tarde calurosa en que mis sueños se velaban perezosamente como películas en blanco y negro. Me vencía el sopor, me dolía la barriga porque acababa de visitarme La Dama de Rojo y toda mi vida era un drama sin bajada de telón y sin aplauso final. La novela que compré donde la Julia se había desplegado con aburrida batería de imágenes: un castillo en el norte de Gales y mucha tierra verde, en fin, el aburrimiento me estaba venciendo mortalmente cuando apareció de la nada, en el capítulo tres, un joven aristócrata con chistera clásica y mirada limpia. Nos enamoramos como idiotas, con los ojos, con las manos, con exclusividad de dioses liberados de alguna antigua culpa. Nos internamos en el bosque umbrío del deseo, como niños que se buscaran entre secretos valladares, y al clarear el día, sus labios sellaron nuestro amor, como en las historias que veía de niña, con el corazón encogido, en el cine de verano. Nadie puede hacerle daño a una heroína que ha saltado sobre fosos y adarves de castillos, y burlado la maldad de mil bribones, nadie. Eso me digo todas las noches cuando me recuerdo que la vida es como una mariposa con las alas extendidas, hermosa y pequeña y de vuelo corto. Por eso le espero la primavera que viene. Me ha prometido rescatarme de mi matacán con escalas y bombardas. Yo aguardaré ese día con paciencia bíblica, sabiendo que sus besos tenderán puentes de plata. Las otras, que se rían cuanto quieran. No conocen el poder milagroso de las ballenas cuando nadan a contracorriente.